

La economía, otra vez

JOSE MONLEON

Hace un par de semanas, a cuenta del comentario de "El diluvio que viene", aludíamos a la creciente crisis económica del "teatro profesional" —y lo pongo entre comillas para subrayar la convención del concepto, puesto que el Teatro Independiente también es, en los mejores casos y bajo otras condiciones, profesional— y a las respuestas provisionales que intentan darse. Si habláramos de los teatros nacionales, nos encontraríamos con una economía también precaria, que pasa por el abandono de varios locales no hace mucho programados por la Administración, por el cierre sostenido del Español, por el tono gris del María Guerrero —salvando el esfuerzo hecho con la obra de Pirandello— y, en general, por un repliegue en todos los frentes. Los últimos incidentes en el María Guerrero y las declaraciones de algunos de los actores de "Los gigantes de la montaña" prueban que depender directamente del Estado no garantiza la abundancia. Ahora, leyendo el documento elaborado por la Asamblea Profesional del Teatro Independiente —compuesto por 36 grupos—, vuelve a aparecer el capítulo económico como el caballo de batalla, por no decir el capítulo de la agonía. Porque sí, en el orden de las ideas y de los objetivos, cuanto plantea dicha Asamblea es más o menos coherente con una perspectiva política determinada, en el plano económico vuelve a aparecer la crisis correspondiente. Exigir la abolición de la censura, la supresión de la Ley de Ordenación Teatral y Policía de Espectáculos y la creación de una normativa democráticamente elaborada por los profesionales, según se formula en el documento, es volver a repetir las viejas aspiraciones del Teatro Independiente en un momento posiblemente oportuno. Todo dependerá, supongo, del juego político al más alto nivel, aunque el teatro, al luchar por esas reivindicaciones, está ya, a su manera, incidendo sobre esas alturas. En lo que, en cambio, el documento es discutible es en decir que "la Administración derrocha constantemente el dinero del presupuesto público dedicado al teatro en campañas teatrales que sólo contribuyen a la alienación y embrutecimiento del público, gastando para ello cientos

de millones" y en que la Asamblea espera del Ministerio de Información y Turismo una ayuda "muy por debajo de las necesidades reales, de 18.000.000 de pesetas, cantidad irrisoria comparada con el despilfarro oficial anteriormente mencionado". Creo yo, por el contrario, que la Administración española no ha solido despilfarrar el dinero en el teatro —y, por supuesto, cientos de millones, jamás—, sino que lo ha empleado en menguadísima medida. El que en tal o cual ocasión haya sido discutible que se subvencionase a éste en vez de a aquél, o se trajese a esta compañía extranjera en lugar de a la otra, o incluso se cometiera algún despilfarro coyuntural, no oculta un hecho clave: que el Estado español, al margen de la buena voluntad individual de algunos de sus altos funcionarios, no ha tenido el menos interés, en

tanto que expresión de una clase social, en subvencionar una política tendente a considerar al teatro como un servicio cultural a la comunidad, apoyando a los distintos sectores que participasen en esa actividad. Aquí el teatro subvencionado no ha embrutecido a nadie, entre otras cosas porque se ha subvencionado poquísimo y porque esos dieciocho millones que solicita la Asamblea deben ser aproximadamente los que tiene la Dirección General de Teatro para cubrir todas las actividades escénicas del país.

Crisis económica, cicatería frente a lo que se estima superfluo, recelo ante la cultura viva, menosprecio del intelectual, consolidación del capitalismo a través de la forma demoliberal, repliegue de las inversiones teatrales, antagonismo entre quienes quieren hacer un teatro crítico y quienes no quieren sostener-

lo, etcétera, constituyen un conjunto de factores que ningún simple voluntarismo podrá modificar. Si hay que arrojar lastre, el teatro —o buena parte de él— será alegremente sacrificado. Ya lo es. Y al pedir 18 millones para supervivir, e imaginar un Estado despilfarrando "cientos de millones" en campañas teatrales superfluas, me temo que la APTI olvida lo que el teatro ha sido en España durante años —¿acaso no era la rigidez de la censura una muestra definitiva de la opinión del Estado sobre el teatro?— y la necesidad de analizar el problema en su conjunto.

Creo que la servidumbre nos ha hecho idealistas. Vamos a ver si, al fin, el ejercicio de las libertades nos va haciendo, poco a poco, dialécticos. Y somos capaces de ofrecer alternativas congruentes con la realidad.

Asamblea profesional de teatro independiente

Se constituye ahora —tras varios intentos fracasados en los años precedentes— la Asamblea Profesional de Teatro Independiente. Su manifiesto puede servir para explicar las razones de una dilatada trayectoria y las reivindicaciones pendientes de estos verdaderos profesionales del teatro:

"El TI nació como una alternativa al vacío y a la alienación del teatro oficial y privado con el que el régimen ha venido condenando a nuestros pueblos. Aunque ha tenido como uno de sus principales objetivos el llegar a esa amplia mayoría marginada de la cultura y a pesar de las innumerables trabas impuestas por la Administración (multas, censura, Policía, Ley de Locales, etc.), ha conseguido unos canales de distribución que han venido a subsanar parcialmente la penuria teatral existente. Fue siempre nuestro compromiso hacer un teatro que respondiera a las necesidades sociales y políticas del momento. El resultado ha sido:

— Romper el monopolio del teatro como industria, cuya única preocupación es el lucro económico y la concentración de la actividad teatral en las grandes ciudades para un público netamente burgués.

Propiciar el nacimiento de salas teatrales no comerciales y la apertura de locales en pueblos, barrios y zonas de todo el Estado español. Lograr la plena dedicación al teatro de un buen número de nuevos trabajadores de la cultura. Realizar un promedio anual de 33 estrenos. Más de 3.000 representaciones. Mas de 500.000 espectadores y 700.000 km. recorridos.

A pesar de lo expuesto, las condiciones económicas y materiales en que nos movemos son:

Sueldo medio de 8.000 pesetas mensuales. Baja retribución media por función. Insuficiencia de medios de transporte. Carencia de medios materiales de producción. Carencia de Seguridad Social. Falta de garantías en la continuidad del trabajo. Amenaza continua de prohibiciones y multas. Falta de reconocimiento profesional por la Administración. Enorme insuficiencia de subvenciones por parte del Ministerio de Información y Turismo.

Como contrapartida a estos datos, la Administración derrocha constantemente el dinero del presupuesto público dedicado al teatro, en campañas teatrales que sólo contribuyen a la alienación y embrutecimiento del público, gastan-

do en ello cientos de millones de pesetas.

A la vista de lo expuesto la APTI exige:

Abolición inmediata de la censura. Supresión de la Ley de Ordenación Teatral y Policía de Espectáculos. La abolición de la actual Ley de Teatro y creación de una normativa que la sustituya, elaborada democráticamente por los profesionales. Una aportación económica suficiente por parte del Ministerio de Información y Turismo en este momento, por debajo de las necesidades reales, en 18 millones de pesetas; cantidad irrisoria comparada con el despilfarro oficial. En el caso de que esta cantidad fuera concedida, será distribuida autogestionariamente por la APTI.

Al hacerse pública esta Asamblea, manifiesta que se ha formado para luchar conjuntamente por sus reivindicaciones y por el desarrollo de una auténtica cultura popular. Para ello llama a todos aquellos partidos, organizaciones de masas, asociaciones ciudadanas, sindicatos, etc., para que conjuntamente trabajemos en el desarrollo de la cultura del pueblo".

Firman el documento 36 grupos, dos salas y una serie de encuentros o festivales de todo el Estado. ■